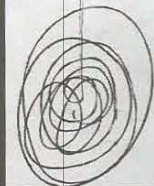




El último deseo

Jocelyn Denise Facundo Moreno

Estudiante de 5º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA

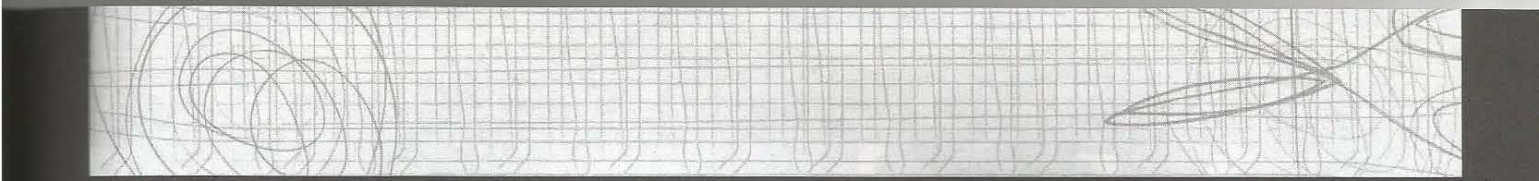


El viento laceraba las heridas para mantenerlas al rojo vivo. Con la carne expuesta, el dolor no era invisible, ni un invitado ignorado entre los presentes a tan inusitada recepción. Desde el momento de mi llegada la hierba mojada había calado en mis huesos; los rostros conocidos evocaban los recuerdos casi olvidados, más bien ignorados. Los árboles susurraban los secretos ocultos, se alzaban hasta el cielo como queriendo llevar a él la verdad, pero las nubes grises eran una barrera inquebrantable. Otro susurro, más bajo, que sonaba como un eco lejano era opacado por las gotas de lluvia que golpeaban los paraguas de los presentes.

Es casi un cliché cuando alguien muere en las historias, el cielo está triste, llora por los muertos, como hoy que el manto gris del cementerio se funde con la lluvia para remarcar el cuadro triste del adiós. El padre sigue con su sermón en el que busca consolar a los vivos, asegurando que la vida después de la muerte, existe; pero su letanía es casi inaudible cuando los recuerdos, ahora no tan ignorados, reaparecen con fuerza inundando de tristeza mi triturado corazón. Cierro los ojos, despabilo el oído, trato de concentrarme, el zumbido de la plegaria ya no se escucha más; en cambio, los murmullos de lejanas conversaciones que tuvieron lugar en un pasado ignorado acometen sin piedad.

La lucha no tiene cuartel, del lado negro del tablero de ajedrez: su voz, sus palabras, su adiós; del blanco: las gotas de lluvia que caen con más vivacidad... blanco, negro, la lucha interminable. Abro los ojos bruscamente, con tanta velocidad que la poca luz de la tarde los golpea y lastima por lo enrojecidos y húmedos que están; no es la lluvia, son lágrimas, lágrimas de verdad, que permiten, a su vez, alejar los recuerdos.

Ahora el ataúd gris descende con lentitud y, como si de una broma macabra se tratase, se atora, no quiere ir, no ahí abajo, no a la oscuridad y al encierro... ¿Es que no lo ven?, ¿o no quieren hacerlo? Ella no quiere quedarse en esa fosa, sola, sin él. Quiero gritar, decirles a los sepultureros que se detengan, que no traten de arreglar la falla, de acercarme a ese ataúd gris y abrirlo de golpe, sacar a mi amiga de ahí y zarandearla para que despierte, para que me diga que era sólo una broma, que se sienta culpable por el dolor que me ha causado, que me pida perdón y yo haciéndome la digna, como siempre, asegurarle que no será tan fácil que la perdone. Pero algo me detiene, José se separa de la multitud y avienta a uno de los sepultureros, después empuja al otro, y entonces es detenido por Diego, su musculoso hermano mayor, ambos luchan, caen al fango, recrean en la arcilla el dolor y la desesperación, la diferencia entre ambos es indudable y, sin embargo, el más pequeño se mantiene, lucha con todo su ser, su cabello antes rubio y brillante es ahora una plasta negra e irreconocible, como su alma, su corazón. Él quiere ir con ella, no le parece justo que lo haya dejado atrás; el mayor gana finalmente confinándolo al lodo y él al verse derrotado se deja abrazar, no se mueven, se consuelan. El silencio abrupto descontrola a todos, el padre ha callado, la lluvia ha cesado, el viento se ha desvanecido al mismo tiempo, como si jamás hubiese existido. Los sepultureros siguen con su labor, el ataúd cede y comienza a bajar, provocando un chirrido ensordecedor que obliga a algunos de los presentes a cubrirse los oídos con las manos, queriendo escapar de aquel horror.



Es insoportable, ¿por qué su madre no me escuchó?, ¿por qué no escuchó a nadie? Todos sabíamos que ella quería regresar a casa, escapar con el viento, no verse confinada al encierro, ella claustrofóbica y la encerraban para la eternidad. Su madre estaba ahí, justo frente a ella, con un pañuelo seco en las manos y el rostro cubierto por un velo negro; tal vez no fue capaz de vestirse de fiesta en el funeral de su única hija, pero estoy segura que le alegraba la idea de saberla ahí encerrada, protegida y alejada de José. Ha de preferirla muerta a verla feliz. Pero, ¿no son las madres las que velan por la felicidad de sus hijos? Sí, estoy segura de que ella cree, en su perverso mundo, que de esa forma está velando por ella, ahora la tendrá en un altar donde rendirle culto, controlada.

Es insoportable, doy media vuelta y camino unos pasos, en el primer ciprés me sostengo, lo miro, parece infinito; las nubes comienzan a alejarse a paso muy lento. El cielo quiere abrir las puertas, quiere conocer los secretos que esos árboles le pueden contar. Puedo sentir en mi pecho la carta que Lucía me dejó, tuvo que enviarla por correo tradicional porque su madre controlaba sus cuentas de internet, se daría cuenta de sus planes como otro acto inesperado. Un día después del deceso, la carta apareció en mi buzón, hay unas líneas para José, no me atreví a leerlas, son demasiado privadas.

El viento reaparece, vuelve a susurrar, se muere de ganas de llevar las noticias al cielo, me acaricia con las gotas de rocío que caen del árbol de los cementerios. Tengo que limpiarme el rostro, paso mi manga húmeda por él y entonces enfoco la vista al frente, sobre la colina hay una sombra bajo un paraguas, aún tengo agua en mi rostro y lágrimas en mis ojos, no necesito ver con claridad para saber quién es. Al final logró conseguirlo, llegó justo a tiempo; sé que él también me está observando, mi cuerpo se estremece cuando me mira, me reclama. Una mano en mi hombro me devuelve a la realidad, es José, me arrojo a sus brazos y lo siento estremecerse junto a mí. No sé cuánto tiempo ha pasado pero al separarnos, por valentía o incertidumbre, el lugar está desierto, la gente se ha ido, la fiesta ha terminado. Un ruido sordo se escucha a lo lejos. Es una camioneta, de ella baja el chico que antes estaba en la colina, lleva dos palas en sus manos, le da una a Diego, en silencio comienzan a cavar. Es imposible que una sonrisa no se dibuje en mi rostro. Llevo mis manos temblorosas a la carta que escondo celosamente y se la tiendo al chico que está a mi lado, avanzo unos pasos, y lo dejo a solas para que lea la despedida del amor de su vida. Yo miro al frente, avanzo, dejo de respirar, no me había equivocado, el chico de la colina, el que me hace estremecer, con su uniforme militar, me mira, me sonrío y me envuelve en sus brazos.

*...deja que mamá me sepulte, tendrá su altar, pero no a mí, yo ya no le pertenezco, ayúdame a volar, quítame de ese lugar oscuro y libérame, ya le mandé una carta a Diego, donde expreso mi voluntad, es una suerte que trabaje en una funeraria, ¿no? Sonríe, hazlo por mí, es nuestra última aventura, nuestro secreto. Amiga, no dejes que nadie controle tu destino, sé que él también estará ahí, no lo dejes ir. En el sobre están los pasajes, ya no están a mi nombre, están al tuyo y al de él. Úsalos, escapa antes de que sea demasiado tarde. Te quiero, pero no te extrañaré.
Mejores amigas, por siempre, tal vez.*